EL XVI, EL COMIENZO DE LA CRISIS

En el XVI, los peruanos comienzan a ser dolorosamente universales. Lo del dolor se entiende fácilmente: la cruel Conquista, el fin del Estado inca, la catástrofe demográfica y económica que engendra a su vez el pequeño despotismo de los curacas, el culto andino perseguido como idolatría, tantas desgracias. Por universalidad puede entenderse el mestizaje, Garcilaso y Guamán Poma, y algo tal vez más decisivo pero menos visible a simple vista. La prolongada desestructuración de las poblaciones andinas que Nathan Wachtel ha descrito admirablemente en "la visión de los vencidos" se comprende de inmediato. En cambio la idea de un ingreso, y doloroso, a la historia universal de todos los hombres, la segunda parte de la aserción con la que comienza este ensayo, no es evidente por sí misma y merece explicación.

No se trata de invocar que con los conquistadores llega el castellano y la religión católica. Esa verdad parcial ha sido durante decenios lo esencial de la lectura hispanista, que no deja de ser una forma provinciana e ibérica de ver la historia. Nadie negará, por otra parte, el esplendor de las civilizaciones maya e inca. Ellas son universales en la medida que el resultado de sus esfuerzos, hoy por todos conocidos, forma parte del patrimonio de la humanidad, sus obras pueden ser motivo de orgullo nacional pero, se me concederá, la evolución histórica en Mesoamérica y los Andes se hizo sin contactos exteriores, no operó la gran máquina de la historia universal. Mayas e incas se desarrollaron con un grado muy alto de aislamiento, de autosuficiencia. Los protegió a los primeros la espesura de la selva tropical y la cadena montañosa de los Andes a los segundos. Sin alcanzar un grado tan espléndido de desconexión, el retraimiento es el rasgo común de otras culturas humanas hasta un momento preciso. No es el préstamo intercultural –como lo creyó el difusionismo– la regla de las sociedades sino la introversión. El viaje de Marco Polo, la ruta de la seda, y otras excepciones, no rompen un principio de apartamiento que rigió durante milenios. La universalidad a la que aludo, y que forzosamente es dolorosa porque se acompaña de irrupción y dominación, se impone en una fecha precisa. Es encuentro y conflicto, comunicación y alienación. El Cusco cae a la vez que otros cuscos.

Hay un hecho mayor y palmario: el XVI es el siglo de las navegaciones, y no sólo hacia tierras americanas como nuestro narcisismo culturalista lo reclama. Es el momento en que la tierra se vuelve una gigantesca aldea, cuando por las nuevas rutas circulan los hombres, las mercancías, las ideas y las religiones. Cuenta en esta perspectiva, la expedición de Bartolomé Dias doblando el punto extremo del Africa, el cabo de las tormentas reconvertido a

Versión digital: Jorge Rojas Samanez, in memoriam

Nueva Esperanza, abriendo la ruta a las Indias, a Calicut. Es Colón pero también Cabot, Cabral. En el XVI se acaban, para decirlo groseramente, diversas "edades medias". Cuando no hay más "mar tenebroso". Se abre entonces un tiempo al que podemos llamar, ahora sí, universal. Cada civilización, incluyendo la europea, fue desencastillada. Desenclavamiento: el concepto expresa el sentido dramático y novedoso de esos hechos.

Hasta el XVI, cada pueblo vivía, bien o mal, en su isla cultural. Después ya no, no se lo permite la red internacional de intercambios del capitalismo comercial que une y enfrenta. Unos y otros, reinos, culturas y civilizaciones enteras se franquean un lugar en la escena mundial, unos como dominantes y otros como dominados, pero todos desglosados, arrancados, separados a una evolución hasta entonces retraída. Decir esto no es proponer que se arrumen en el desván del olvido los libros de historia mundial con el recuento de civilizaciones, desde la mítica Nínive y Egipto hasta nuestros días. Esa historia mundial es, sin embargo, una obra del espíritu, una reconstrucción "a posteriori", un saber, acaso una memoria. Los hombres no la vivieron de esa manera. Los humanistas, ciertamente, y acaso en la antigüedad unas élites, habían anticipado esa hora planetaria que luego todos pueden apreciar o maldecir, en la hora de las grandes navegaciones, cuando los océanos dejan de ser un obstáculo. Desde el siglo XV. Por mi parte prefiero esta idea carnal de la historia universal a partir de unos pueblos de carne y hueso que a despecho de la distancia resultan entrelazados y formando parte de un drama que, desde entonces, tiene como escenario la tierra entera. Una aventura que comenzó con comerciantes y navegantes, con negocio y guerra, y que no ha dejado de ser mundial del XVI hasta nuestros días. El choque de civilizaciones resulta, pues, mucho más reciente. Y en cierta manera no ha concluido. Los grandes viajes son el pórtico a los colonialismos e imperialismos modernos. Sólo entonces es posible una idea global como la de Hegel y Marx.

El origen moderno de la universalidad nos lleva a otro tipo de consideraciones. Debemos reflexionar y resituarnos ante esa suerte de desembocamiento de las civilizaciones en el gran océano de la economía internacional, de ocaso o fin de cada "edad media" local. Siempre me pregunté qué pasaba en otros lugares cuando los incas llegaban a su apogeo, hacia el siglo XV de nuestra era, en el momento en que concluían su expansión. Por aquel entonces, los habitantes de una isla asiática, que con el tiempo será conocida como Japón, habían logrado rechazar la invasión de mongoles, chinos y coreanos (1293). Casi por los mismos años en que cae Chichén Itzá, cada civilización tiene su propia barbarie. Hablamos de un tiempo simultáneo en que Alejandro Nevski detiene a los suecos en el Neva. Cuando los incas consideran Machu Picchu inviolable, una batalla entre franceses e ingleses, la de Azincourt, prueba que

la caballería podía ser vencida por flecheros disciplinados. Es el fin de la caballería medioeval, y en consecuencia, resalta la importancia de las picas y lanzas que un día llegarán a las puertas del Cusco. Todo se vincula. La caída de Bizancio genera una fiebre europea. Se sienten sitiados los cristianos. Es una edad aquella de ingenieros, y unos años antes del Descubrimiento, al señor Ludovico Sforza, su ingeniero, un tal Leonardo da Vinci, le propone una maquinaria infernal, puentes movedizos y carros con cañones múltiples, para librarse de otros condotieros y del temible turco... La imprenta propaga estas y otras curiosidades. En suma, hasta el XVI, hay historias particulares. Todavía en el siglo XV, los pueblos y culturas podían ignorarse. Un ejercicio de comparatismo nos dirá qué es lo que permitió que unas civilizaciones, como los nahuatl o los incas, fueran arrasadas, otras acosadas sin ser del todo vencidas como la de chinos e hindúes, y que otras, en fin, como musulmanes y japoneses, permanecieran. La conquista europea no fue, tampoco, siempre la misma.

¿Por qué los europeos? Un trabajo de Guy Martinière y Consuelo Varela, con ocasión del V Centenario, permite llevar a cabo una suerte de gira por el mundo anterior al Descubrimiento (el admirable *L'Etat du monde en 1492*, París, 1992). Las sorpresas pueden ser diversas. Los grandes de ese mundo no son los que imaginamos. El poderoso espacio musulmán estrangulaba a una cristiandad europea que precisamente para librarse de ese acoso, tomaba la ruta de los mares. Encogidos en el viejo mundo, los reinos cristianos, de la República de Venecia al Portugal, tienen el aire de una fortaleza asediada, y no eran ni los más ricos ni los más poblados. Ni los únicos navegantes. Los chinos, con las expediciones marítimas del almirante Zheng He, entre 1405 y 1433, se extienden hasta India, Indonesia y por la costa africana, hasta Mozambique. Sus barcos eran más potentes que los de los portugueses, los mejores navegantes que preceden por un siglo a Colón. La pregunta es por qué la China de los Ming se detuvo (barcos con 100 pasajeros, la carabela colombina no llevaba más de 30). Al parecer, no por razones técnicas sino interiores, prefirieron concentrarse en su propio espacio continental. La aventura de los mares será lo propio de otros pueblos. Antes de que los mundos entrasen en comunicación, las tecnologías avanzaban en unos y otros espacios. La metalurgia del hierro tenía siglos de avance en el Oriente. Las ciudades de otomanes y sultanes –Samarkanda, Bagdad, Bizancio– eran las más pobladas. El Africa, antes de la trata negrera, conocía diversos sistemas de escritura, la moneda, los metales, técnicas agrícolas diversas, ciudades y redes urbanas. La superioridad de Occidente, que le permite invadir y no ser invadido, se juega en márgenes estrechos: el arte de la navegación, la cartografía, la reproducción de lo escrito (la imprenta). Casi nada. La monetización, cabe insistir, era conocida por otros pueblos y humanidades. Lo que vuelve conquistadora a una parte del mundo sobre las otras, gira en torno a diferencias mínimas pero decisivas. A sus

instituciones políticas. No por superiores o justas sino por más coherentes. La territorialización de los reinos europeos cristianos –muchos hombres en poco espacio– los lleva a un reforzamiento del sentido de la autoridad, el espacio funda el derecho. La nación moderna es el catastro, la institucionalización de la potencia en un espacio definido. La guerra y el derecho (J.M. Guéhenno, 1993). Después de un milenio de sangrientas guerras internas para fijar unas fronteras nacionales que son casi las de nuestros días, los europeos parten a ensangrentar el mundo, y a unificarlo. Los empuja, por otro lado, la necesidad, la "ananke". Las navegaciones africanas y hacia Catay y Cipango, son el atajo para vencer al turco. América es la consecuencia de la rivalidad entre la cruz y la media luna. Una media luna con cimitarra e invencible caballería, pero sin grandes navegantes. La navegación árabe fue importante pero no decisiva, y Simbad el marino no expresa una realidad sino un mito compensatorio.

El XVI es destrucción y es también fundación. Está más cerca de nosotros que de los propios incas, que lo padecieron. Fue para ellos un punto final, para nosotros un punto de partida. Hace sólo unos años nos hubiéramos interesado por profundizar la visión no-occidental. Después de unos decenios de abusivo esfuerzo en sentido contrario, hay que reequilibrar la mirada excesivamente autocentrada en lo andino. El recuento de aquel inicio trágico no me llevará a un "retorno a los ancestros", ni por cierto es ése el propósito de Wachtel, aunque ése sea el título de una de sus obras posteriores. Hay que volver a ese expedicionario castellano del XVI y a las razones del desplome inca. El intruso no era sólo español. Tras de los Adelantados en Indias hubo otros apetitos aún mayores, el gran capitalismo genovés, o el clan de los Spínola, prestamistas de Isabel. Las claves de la empresa colombina no son solamente españolas. Tras la plata de Potosí y de Zacatecas está la feria de Medina del Campo que es también una feria europea y el pago de los soldados de los tercios estacionados en Flandes, el pequeño y el gran capitalismo. Esta perspectiva, desde una estricta historia social, fue abierta por el historiador francés Braudel, pero no siempre se toma en cuenta (*Civilisation matérielle, XV-XVIII siécles*, 1979). El episodio "nacional" del XVI, Cajamarca y sus tesoros, cobra significado al interior de una red internacional, como parte de un itinerario marítimo y terrestre que incluye las Indias como el Levante, América como el Oriente. Es Sevilla pero también es Amberes. En el XVI, y no sólo para el Perú, comienza de alguna manera la historia mundial. Sin duda, la orilla maya, nahuatl e inca estaba poblada, era uno de los pocos lugares con gran densidad humana, vale decir, donde los hombres habían vencido el hambre. Pero no era el único caso. Gordon W. Hewes, como lo recuerda Guy Martinière (*Op. cit. p. 37*), ha identificado 76 civilizaciones o culturas en el siglo XV, es decir, un instante antes de que se produzca el gigantesco proceso de desencajamiento.

Versión digital: Jorge Rojas Samanez, in memoriam

Una perspectiva comparativista deberá ir reemplazando la visión etnoeuropea y la indigenista, ambas estrechas, limitadas, poco fecundas. Acaso el V Centenario del Descubrimiento, choque o conflicto, como se quiera, abrió las puertas a otro tipo de enfoques. Fue, sin duda, una ocasión para unos fastos sevillanos que los propios españoles encontraron excesivos y onerosos, pero también permitió la reflexión. Como otros tantos, visité en 1992 la Exposición Universal. Uno de sus pabellones estaba dedicado a la navegación. En la amplia sala, la temática dominante exhibía, amén de una carabela en una suerte de lago interior expresamente represado, las huellas de la Carrera de Indias en el siglo XVI. Pero lo que resultaba no menos notable era la exposición de otras embarcaciones, los saltos por los océanos de otros pueblos, de naves vikingas a piraguas polinesias de doble quilla, la lucha por dominar los vientos y las inclemencias, la llegada de muchos a un mundo unificado. Sentí entonces que ese gran latido nos concernía. Acaso mi vida en Tahiti me había sensibilizado al factor del mar y las distancias. Se esclarecieron, en mi cabeza, los nexos del pasado. Un puente de barcos unía los arrabales de Potosí con los de Triana. Fueron los atlas o portulanos los que decidieron el destino. Cuando las rutas cabían en un bolsillo: teodolitos y astrolabios.

Hay historia mundial desde que hay Mapamundi. Así, el XVI es un siglo con problemas que nos son conocidos. Una economía local anexada a una economía transoceánica, y en otro orden de cosas, Estado y legitimidad, orden y desorden. En el XVI comienza la crisis contemporánea del Perú. Que es dos cosas. Una prolongada crisis de adaptación y otra de desadaptación ante una historia que ha dejado de determinarse únicamente en el escenario andino. Entendámonos, si es crisis de legitimidad, entonces, el XVI resulta interminable: se desestructuran los indios, se reconocen americanos los españoles, es decir, se dicen criados en el país, o sea, criollos, mientras se produce como un efecto perverso de la distancia y el relajo, la multiplicación de mestizos. Nace un país problemático, casi como lo conocemos. El Perú es un siglo de historia que dura cuatrocientos años.

Por ello, he de arrancar aquí con Lope de Aguirre, arquetipo de intrusión. Seguiremos con una aventura marcada por el azar y la necesidad, la del Conquistador. Y luego hay que continuar con una interrogación acerca de ese orden (y desorden) provincial, que solemos llamar la Colonia, amarrado a un esquema de poder imperial, y no únicamente español, el de Carlos V y la casa de los Austria.

I. LA CONQUISTA COMO FATALIDAD

Lope de Aguirre, primer tirano

¿Por qué comenzar con Lope de Aguirre? ¿Por qué con quien se hace llamar, según la versión de la crónica de Toribio de Ortiguera, nada menos que "la ira de Dios, Príncipe de la Libertad y del reino de Tierra Firme y provincias de Chile, fuerte caudillo de los invencibles marañones"? Aguirre, a quien los mismos cronicones acusan de "cauteloso, vario, fementido, y engañador". No hay vicio alguno que en su persona no se hallase[1]. Hay que comenzar por Aguirre porque es la expresión acabada de la Conquista fuera de toda ley, incluso de la misma Conquista. Pizarro engendra el bien y el mal, funda ciudades como manda dar garrote al último gran señor que los castellanos llamaban natural y acaso nosotros la encarnación de la legitimidad, es decir, al Inca. Aguirre sólo hace el mal, a sus soldados, a su hija mestiza, a sí mismo. Su cabeza, encerrada en una caja de hierro en Barquisimeto, cuando vencido y muerto de un tiro de arcabuz, tasajeados sus restos, "la mano derecha en Mérida, la izquierda en Valencia", como si fuesen reliquias de un santo, dirá uno de los testigos de vista, sigue atravesando los siglos, y nos fascina. Hay en esa hipnosis ante el decapitado algo que trasciende la empresa de los soldados de fortuna del XVI y el evidente antagonismo entre los capitanes dementes que buscaban el Dorado y los funcionarios reales que trataban de alejarlos de las jóvenes villas del Perú. Hay algo más que un episodio lúgubre y psicoanalítico. La célebre "Carta" dirigida a Felipe II, enviada con un fraile a la Audiencia de Santo Domingo, en la que le habla al Monarca de tú, "Mira, mira, Rey español, que no seas cruel con tus vasallos". Su lucidez, su arrogancia, su arrojo, su ambición devastadora e ilimitada, no son los de un aventurero que ha descubierto un desconocido reino sino los de un político que ha descubierto el territorio sin límites del poder absoluto.

Corriendo río abajo hasta salir al mar, por la ruta del Amazonas que sólo Orellana había surcado, destituyendo gobernadores (el desgraciado Pedro de Ursúa), impulsando reinos efímeros (como el del "príncipe" Fernando de Guzmán), reservándose puestos menores en estrategia de taimado segundón –Maese de Campo, Capitán de a caballo–, a la cabeza de doscientos arcabuceros, sus hombres de mano, sus feroces "marañones", el "leadership" de Aguirre va a combinar, en dosis óptimas, el delirio y la fanfarronada soldadesca con el talento de la improvisación política. El relato de sus violencias a él mismo se lo debemos, cuando orgulloso, así le escribe al Rey: "...fue ese Gobernador tan perverso (Pedro de Ursúa), ambicioso y miserable, que no lo pudimos sufrir: y así por ser imposible relatar sus maldades, y por tenerme por parte en mi caso,

como me tendrás, excelente rey y señor, no diré otra cosa más que le matamos; muerte, cierto, bien breve. Y luego a un mancebo, caballero de Sevilla, que se llamaba Fernando de Guzmán, lo alzamos por nuestro Rey y lo juramos como tal, como tu Real persona verá por las firmas de todos los que en ellos nos hallamos, que quedan en la isla Margarita en estas Indias, y a mí me nombraron Maese de Campo; y porque no consentí en sus insultos y maldades, me quisieron matar, y yo maté al nuevo rey y al capitán de su guardia, y Teniente General, y a cuatro capitanes, y a un mayordomo, y a un capellán, clérigo de misa, y a una mujer, de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas y a un almirante y dos alférez, y otros cinco o seis aliados suyos, con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; y nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos. Y caminando nuestra derrota, pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón, tardamos hasta la boca dél y hasta la mar más de diez meses y medio, caminamos cien jornadas justas, anduvimos mil y quinientas leguas..."[2].

Lope de Aguirre es el primer tirano. Y por lo tanto, algo más que el rey loco de un reino efímero. No es en su itinerario por despoblados amazónicos en donde no hay ni oro ni alimentos y solamente indios hostiles, ya de suyo periplo extraordinario, por donde nos conduce a un siniestro confín donde nadie puede seguirlo, sino por la conciencia que posee de sus altos hechos sangrientos. El alcance de su rebeldía configura un dominio singular, libre y despótico a la vez, en el que no existirá otra regla que la de su propia voluntad. La expedición de Lope de Aguirre no es sólo geográfica sino política. Su audacia no sólo se mide por los miles de kilómetros que recorre sobre una "Armada" de podridos bergantines y unas cuantas balsas con las que navega hasta la desembocadura del Amazonas. Se mide por la insolencia de sus "arengas" que siguen a cada acto de sangre y aquella "Carta" al lejano Emperador. Sabe Aguirre que la nueva tierra es un Paraíso al revés, lejos del espacio humanizado, es decir, de la vida en sociedad y sujeta a reglas que el hijodalgo pobre y culto y domador de caballos en la villa americana de Charcas, ha aprendido a detestar. En el laberinto amazónico y al pie de los grandes ríos amnésicos, improvisándose "caudillo de los fuertes marañones", lejos de frailes a los que detesta y de autoridades regalicias a las que esquilma y manda a colgar, va a descubrir lo que pudo haber vislumbrado en otros tiempos y con un probablemente idéntico sentimiento de vértigo de poder, alguien como Calígula. Aguirre también pierde la razón. Para adquirir otra, la del Jefe, el Caudillo, el Guía Máximo. Su fracaso, por ello, es el de sus recursos que no son muchos, los de un soldado de fortuna en las Indias españolas del XVI, pero no el de sus intuiciones. La del espacio por ejemplo, la impunidad que procura la distancia. En adelante, la

inmensidad geográfica o la lejanía protegerán a otros tiranos y Estados autoritarios. Y bajo otros lenguajes e ideologías, nuevos disfraces de la "libido dominandi", la América del Sur conocerá la reiterada resurrección de Lope de Aguirre. Porque la locura de Aguirre se llama poder sin reglas. Y desde el XVI, con marañones de sangre, nos persigue, nos acosa, es la más leal de nuestras quimeras. Acaso porque sea el más antiguo de nuestros crímenes.

El Dorado

Conquistador postergado y resentido, español sin corregimiento ni indios, vecino sin granjería aunque había pasado al Perú, hacia 1537, con la merced de regidor de alguna futura ciudad, algo sabemos de Lope de Aguirre. Se sabe que era vascongado, de familia hidalga de Onate, Guipúzcoa. Soldado con alguna cultura, como se nota en sus "Cartas", lo cual se verá más adelante, y porque lucía caligrafía cuya finura acaso lo señala como parte de una familia de notarios de Legaspia, según uno de sus biógrafos. El dato es importante pues explicaría el recurso jurídico al que echa mano a la hora de su rebeldía, el de "desnaturación", inscrito en el derecho de costumbres vasco, aunque estaba fuera de uso según Caro Baroja[3]. Aguirre está presente en los episodios de las guerras civiles entre Conquistadores, permaneciendo fiel al virrey Blasco Núñez de Vela. Reside en Charcas, unas crónicas lo presentan en los períodos no bélicos como "domador de potros". Participa en la sublevación de Sebastián de Castilla en La Plata, en otra en Chuquisaca y por último, parece estar vinculado al asesinato del corregidor Pedro de Hinojosa (1553), por lo cual habría sido condenado a muerte, aunque se salva al ser incluido en un indulto y combatir en Chuquinga contra otro rebelde, Hernández Girón. Algunos biógrafos señalan que el haberse batido contra los caudillos de una aristocracia local de encomenderos –Pizarro, Carvajal, Hernández Girón– dejará en el ánimo de Aguirre una huella profunda y amarga. En efecto, en la aventura de los "marañones" hará suyos, confundiéndolos con su insania, los reclamos de los primeros conquistadores contrarios a las "Leyes Nuevas" que abolían la encomienda hereditaria. Poco se conoce de su vida antes de la expedición de Ursúa al reino de los Omaguas, salvo que llevaba una vida tan desordenada que le llamaban "Aguirre el loco". Ni en la sociedad estamental peninsular que había abandonado, ni en la sociedad hispano-colonial que comenzaba a formarse y a la que da las espaldas, tenía rango ni condición.

Sin la empresa del gentilhombre Pedro de Ursúa que consistía en buscar el Dorado a raíz de una peregrina información proporcionada por unos indios

emigrantes venidos del Brasil, no habría habido el caso Aguirre. Un rumor de riqueza se halla en el inicio de la expedición, pues, como señala Francisco Vásquez en el comienzo de su crónica, "unos indios brasiles contaron grandes cosas del río y de las provincias comarcanas, y especialmente de la provincia de Omagua, ansí de la muchedumbre de naturales y riqueza que había...". Parece que estos indios, procedentes de la costa del Brasil, habían dejado sus tierras en número de diez mil y tardaron diez años en llegar al Perú y sólo doscientos de ellos para instalarse en el pueblo de Chachapoyas difundiendo la noticia del Dorado. ¿Una emigración ritual? El soldado y bachiller Vásquez, cronista a quien mucho citaremos, los sospecha caníbales y el mito que propagan acaso un pretexto para desplazarse "y hartar sus malditos vientres de carne humana". Así y todo, el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, llama a "un caballero y amigo suyo que se decía Pedro de Ursúa, natural navarro, para que fuese a descubrir las dichas provincias...". De Ursúa se había distinguido anteriormente reprimiendo negros cimarrones. Verdad o quimera, la expedición venía a tiempo para que el virrey consiguiera alejar del Perú a tanto conquistador desocupado y belicoso tras la ilusión de una nueva "entrada". Era frágil esa sociedad surgida de la Conquista. ¡Y parece que muchos de los expedicionarios, rebeldes y sobrevivientes de las guerras civiles, habían escuchado el rumor de que de Ursúa reunía gente, de acuerdo con el propio Virrey, para alzarse con el reino del Perú! Aunque Vásquez dice que eso era "mentira e invención de hombres malos y deseosos de motines". Como quiera que sea, la expedición, que acabará en tragedia, se inicia en una atmósfera de disimulos y medias verdades, como un entremés teatral de la época.

Por lo demás, ¿por qué no podía realmente existir un país fabuloso, el reino del Paititi o del bíblico Ofir, tras las montañas ignotas? ¿Otro Cusco, otro Tenochtitlán? Así nacía la desdichada exploración del supuestamente riquísimo país de los indios Omaguas, bajo el signo de una fatal quimera. En esto de perseguir el esquivo Dorado, había antecedentes desgraciados como la excursión de Jiménez de Quesada tras la imaginaria "Casa del Sol", desde Colombia, y la famélica expedición de Pizarro al país de la Canela, en 1541 y 1543. Luego de Ursúa y de Aguirre, buscaron el Dorado en el siguiente siglo nada menos que Walter Raleigh y una nube de exploradores y misioneros, y en todos los sentidos: hacia el alto Amazonas, a través de los llanos venezolanos, por las costas brasileñas, en las inmediaciones del Río de la Plata. El mito del Dorado persistió hasta muy entrado el siglo XVIII, y aún revive en nuestros días al aparecer en diarios e informaciones el hallazgo de nuevos lavaderos de oro. Ir, como lo hace Aguirre, tras el caballero Pedro de Ursúa, montar astilleros al borde del río Huallaga, seguirlo con los bergantines y canoas por el territorio

Versión digital: Jorge Rojas Samanez, in memoriam

de los ríos Cocama y Bracamoros (hoy Marañón), no era una locura sino participar en una "entrada", frecuente en esos días de conquistadores tardíos. Vargas Ugarte dice que el virrey Hurtado de Mendoza no paró de dar licencias, como la de las tierras de los Omaguas, para deshacerse de gente sin oficio ni beneficio y que sólo contaba con su espada. El delirio de poder, exasperado por las condiciones materiales de esa aventura hecha de sufrimientos y desengaños, vendría después.

Y como ocurre en empresas de ese género, la expedición precisaba de suerte, y no la tuvo. Ursúa había traído de Lima unas barcas construidas por carpinteros negros, pero se pudrieron en los astilleros del Huallaga. ¿Inexperiencia en el uso de la madera de selva? ¿Sabotaje? Mala suerte la de los hombres enviados por el caballero de Ursúa, unos setenta, a explorar el río Cocama. Como Gobernador, Ursúa no hizo sino acumular errores, como el reclutar demasiados soldados, unos 300, gente belicosa e indisciplinada que pronto se amotinaría al ver que no aparecían las fabulosas riquezas y en cambio todo era hambre y dificultad. Otro error fue nombrar su segundo al hidalgo sevillano Fernando de Guzmán, que pronto con Lope de Aguirre, "tenedor de difuntos" en la tropa, se pondría a conspirar. Era Ursúa un noble altanero y sin experiencia como lo ha demostrado en nuestros días Caro Baroja (y no el perfecto caballero que suele anteponerse a la áspera figura de Aguirre). Por ejemplo, lleva consigo, en viaje tan riesgoso, a su amante, la bella Inés de Atienza. Y aunque no eran raras las mujeres en esas expediciones, y Aguirre llevaba a su hija, lo que sí parece infrecuente es que una beldad criolla, de Trujillo del Perú, corriese fortuna en esos parajes. Aquello no era una romería y la selva hizo sufrir a los expedicionarios. Comían lagartos que mataba el buen arcabucero García de Arce. En la crónica de Vásquez, soldado y testigo de vista, la palabra que más se repite es "despoblado" (de indios) y la palabra "comida", precisamente por su escasez. Se nutrían con lo que podían, con maíz, tortuga, yuca dulce y batata, yuca rallada, lo que les daban o saqueaban en los poblados, al punto que esa crónica es una fuente indirecta sobre la culinaria de los pueblos amazónicos al paso de los intrusos. Notaban también los expedicionarios el poco oro que sobre sí portaban los muy pocos indios que se les acercaban. En fin, si se sigue atentamente el relato de la *Jornada de Omagua y el Dorado*, se advertirá que un estado de ánimo se abre paso en la tropa soldadera y que consiste en querer volverse a las ciudades de las que se habían alejado. ¿Para qué buscar riquezas en parajes hostiles e inhumanos? ¿No había en el Perú oro e indios?

El talento de Aguirre consiste en escuchar a la tropa descontenta. Estaba más cerca de los soldados de fortuna, sus iguales, que el caballero de Ursúa.

Aguirre no tenía nada que esperar de un catastrófico retorno, pero los defectos de Ursúa y su temprana intuición de que la expedición no podía sino fracasar, le permitieron concebir un plan extraordinario: levantarse con el poder, traicionar al Rey y a España. Y ciertamente volver al Perú, pero para tiranizarlo. Para ello era preciso deshacerse de las autoridades "in situ" y conducir a los rebeldes hasta la tierra sin retorno de la "traición". Despótico y a la vez prudente, su ascenso al poder se realiza por etapas. El asesinato del gobernador Ursúa es lo primero. No actúa solo, le acompañan Lorenzo Sualdendo, Juan Alonso de la Bandera y otros amotinados. Estos creen que la paz volverá con la muerte del altivo Gobernador. En cambio Aguirre y unos cuantos saben que la larga y "justa guerra" acaba de comenzar. Los primeros gritan "Viva el Rey, que es nuestro el tirano". Pero Aguirre, en las juntas de guerra que siguieron, mientras otros conquistadores decían que "era el momento de buscar tierra y poblarla y que por esa noticia su Magestad habría de perdonarles", les dirá, lúcidamente, que no deben hacerse ilusiones: "que locura y necedad era aquella de todos que, habiendo muerto un Gobernador del Rey, y que llevaba sus poderes y representaba su persona, pensaban por esa vía quitarse de culpa". Según Aguirre, "todos traidores". No habrá perdón y sólo les queda continuar la fuga hacia adelante de la desesperación nihilista.

Aguirre el loco resulta el más cuerdo de los insumisos, aquel que extrae la lección más realista del crimen cometido. Y desde esa lógica, va a arrastrar al grupo expedicionario a otros pasos, tan graves como la muerte misma de Ursúa. Lo que sigue es la historia de una manipulación. Una psicosis de grupo en circuito cerrado. Resulta claro que un puñado de hombres venía complotando desde el inicio de la expedición para abandonarla y volver vengativamente al Perú y reconquistarlo a sangre y fuego. Todo indica que Aguirre era el mentor intelectual de ese grupo de conjurados maximalistas. Su método será la crueldad, el terror y el control personal sobre los arcabuceros, el arma decisiva. En el pueblo de Mocomoco, a fines de 1561, les convencerá (e intimidará) para que no se vuelvan, pues serían despedazados por los soldados del Virrey y que bien por el contrario, debían seguir adelante. Gustaba de argumentar en discursos muy razonados y comedidos, dice la *Crónica* de Toribio de Ortiguera, que abunda en ellos. En momento alguno se halla sin su guardia de hierro, no menos de cuarenta leales lo rodean. El mismo andaba armado hasta los dientes.

Aguirre es la lanza, el puñal, los arcabuces, pero también peroratas. El segundo paso es convencerlos de que deben elegir un "Príncipe", fundar un nuevo Reino y formar una Corte, ¡y es lo que harán! Resulta patético imaginarse a ese ínfimo número de amotinados repartiéndose las casas y los bienes de

Versión digital: Jorge Rojas Samanez, in memoriam

los tranquilos vecinos de las villas y ciudades del lejano Perú al que pensaban volver y dominar al tiempo que, en plena manigua selvática, improvisaban una nobleza local, con gentilhombres y guardia real, de ceñido protocolo, y como decorado los papagayos y ríos cenagosos. Así, la segunda etapa del ascenso al poder total en Aguirre consiste en elevar a nada menos que Rey al sevillano Fernando de Guzmán (23 de marzo de 1561). Parte de la tropa suscribe ese proyecto no sólo desmesurado sino desencajado del mundo real, unos 84 soldados sobre 270 que otorgan el "generalato" a Guzmán pero que se niegan, con el último ápice de cordura que les resta, al acto de recusación o "desnaturación" ante Felipe II, que implicaba reconocer al tal Guzmán, sevillano, nada menos que como "Príncipe de Perú, Tierra Firme y Chile". Se ha visto en esa acta, abusivamente, la primera de la Independencia americana. Fue corta la monarquía selvática del pobre Guzmán, asesinado por Aguirre, así como la bella Inés y otros muchos (mayo de 1561). En adelante, no será otra cosa que "el caudillo de los valientes marañones", como lo dice en carta al fraile Francisco de Montesinos. Y para los soldados descontentos, simplemente "el tirano".

Aguirre busca la salida al mar, es decir, el camino que lo lleve hacia la Reconquista del Perú. Se discute hasta el día de hoy si hubo de navegar por el río Orinoco o por el Amazonas brasileño, pero lo cierto es que gana el océano. En efecto, en julio de 1561 está Aguirre en la isla Margarita: conviene mirar un mapa, la ruta que recorre es inmensa. Desde la isla amenaza las posesiones españolas, del Caribe a Panamá. Comete, sin embargo, un error al enviar a apresar a un provincial dominico con el capitán Pedro de Munguía quien se pasa al servicio del Rey, da la noticia de las tropelías de Aguirre en la Margarita y previene a la Audiencia y Justicia de la isla española de Santo Domingo, sellando la suerte del rebelde. Aguirre, entretanto, no dejará de ejecutar a suyos y extraños, llevando su natural suspicacia hasta la paranoia. Es en la isla Margarita donde redacta y envía la célebre "Carta" a Felipe II, que le dará fama tanto como su interminable periplo americano y sus innumerables crímenes. Vuelto al continente, a Tierra Firme, aún toma Valencia y otros pueblos de españoles y entra a Barquisimeto donde habían fijado cédulas de perdón para sus soldados. Sus tropas, poco a poco, le abandonan o se niegan a batirse tirando con los arcabuces al aire. Completamente solo, mata a su hija mestiza, antes de ser ultimado por dos de sus arcabuceros. Fue descuartizado y sus miembros se exhibieron en varias ciudades mientras se le seguía proceso póstumo. En cuanto a sus "marañones", pese a los bandos de perdón, fueron ejecutados. Aguirre, hasta el último instante diestro en ardides, infame capitán, había tenido la precaución de denunciarles.

La resurrección de Aguirre

La segunda vida de Lope de Aguirre es de nuestros días. Vida literaria, que inspira a Valle Inclán el epílogo de su *Tirano Banderas*. "¡Hija mía, no habes vos servida para casada y gran señora, como pensaba este pecador que horita se ve en el trance de quitarte la vida que te dio hace veinte años! No es justo que quedes en el mundo para que te gocen los enemigos de tu padre, y te baldonen llamándote hija del chingado Banderas"[4]. Sustituyendo "Banderas" por Aguirre, la tirada teatral bien pudiera ser la del terrible Conquistador. La memoria de esos hechos infames inspira en Valle Inclán el personaje de su "Tirano", que es el antecesor no siempre confesado del ciclo de la novelística latinoamericana, de Miguel Angel Asturias a García Márquez, de una galería de déspotas entre literarios y verosímilmente históricos.

Vida no sólo literaria, sino emblemática. Hay quienes reivindican en Aguirre su carácter vasco, lo que explicaría su independentismo, sus recursos jurídicos fundados en una tradición localista, los fueros, y sus reticencias al poder real, castellano-aragonés. Es el punto de vista de don Segundo de Ispirzua, citado por Caro Baroja. Otros se han detenido en Aguirre explorador, aunque la tesis universitaria de Emiliano Jos (Huesca, 1927) en torno del itinerario de los "marañones", zanja sobre si navegó o no por el Orinoco o si llegó al mar por la desembocadura del Amazonas. Demuestra Jos que era imposible haber navegado por el río Negro y, por lo tanto, la opción del Orinoco queda descartada. No sólo historiadores y geógrafos se han interesado por Aguirre. Hacia los años cuarenta, la psiquiatría prende sus garras en la sintomatología de tan historiado rebelde y asesino, con la obra analítica de Lastres y Seguín, ambos, médicos peruanos.

Pero el examen psiquiátrico no agota el tema de la rebelión y de la personalidad del propio Aguirre, que al pie de su crueldad y violencia, guarda aliento para la lucidez, y para llamarse, por ostentación de rebelde o complacencia autodestructora, "traidor" y "peregrino". Un loco, como apunta Caro Baroja, que no deja de decirle al Rey, desde el fondo de la selva amazónica, verdades de a puño. Es posible, pues, otra lectura, que no reduzca todo ese itinerario excepcional a la insania. Lo que está en juego, más allá del drama personal, es el tema del poder regalicio e imperial y de su legitimidad en unos dominios ultramarinos que conquistaron sus adelantados. Los conquistadores se enfrentaban a la Corona y reclamaban privilegios, aunque Aguirre sea el caso límite, maximalista. En sustancia, en el caso Aguirre y de los doscientos conquistadores que le seguían hay una discusión de fondo, legitimista, y así lo

han presentido quienes han relacionado esta rebelión con la anterior de Francisco de Carvajal (Rosa Arciniegas, Vásquez, Burmenster) o la han presentado, aunque de manera exagerada, como el primer gesto de independencia, y al propio Aguirre como un caudillo libertario (Casto Fulgencio López). Finalmente la novela, en parte Pío Baroja, pero en particular el venezolano Uslar Pietri y el español Ramón Zender, y sin duda, el cine –el alemán Herzog, el español Saura– han añadido densidad al personaje.

Es el cine, recientemente, el que se apodera de dos versiones de Aguirre. La versión metafísico-política, en el film de Herzog, al presentarnos un Aguirre no sólo alzado contra el Rey y megalómano furioso sino sublevado contra la injusticia divina. Herzog, en *Aguirre, la ira de Dios*, ha entendido el lado teológico, medioeval y desesperado de esa rebeldía, mucho mejor y de modo más hondo que la novelística y gran parte de la historiografía que le precede. La otra versión cinematográfica es la de Saura, y es la de un Conquistador populista, enfrentado a jerarquías y autoridades de su tiempo, con una particular saña para con los frailes. En suma, un Aguirre "gran nivelador", un rebelde venido del pueblo, casi un guerrillero, interpretación interesante pero incierta, en exceso concesiva ante las modas ideológicas y el "aire del tiempo".

¿Y los latinoamericanos? En Aguirre han querido ver con demasiada frecuencia una suerte de precursor de la Independencia. En el acta de rebeldía firmada por los expedicionarios a orillas del Amazonas se quiere leer el asomo de una conciencia criolla y la fundamentación jurídica de la emancipación americana. Reivindicación de Aguirre, que consiste en sostener que aquellos conquistadores que durante las guerras civiles del XVI levantaron bandera contra el Rey, son el antecedente de los generales criollos de las guerras de la Independencia del XIX. ¿Aguirre, caudillo independendista? (Rosa Arciniegas, Fulgencio López). ¿Aguirre, príncipe de la Libertad? (Otero Silva). Estas tesis dicen más sobre ciertas ideologías e interpretaciones de la historia americana que sobre la rebelión de un conquistador frustrado. Aguirre aspiraba al privilegio y no a la igualdad.

Aguirre no es un precursor ilustrado sino la encarnación de una aristocracia de encomenderos que quiere la libre explotación de sus indios y que toma las armas cuando la administración real los despoja de la ansiada encomienda hereditaria. Es, en todo caso, el caudillo de una causa tardía y pronto abandonada pues esa misma aristocracia, luego de la derrota de sus capitanes, había comenzado su reconversión. Pronto serán empresarios coloniales que controlan el altiplano andino, rico en abundante mano de obra nativa y en minas. Aguirre resulta, paradojalmente, el último grito de una sociedad estamental

más bien hispánica que hispanoamericana y que había librado con las guerras de las comunidades en Castilla sus últimos combates. Tal vez, un último comunero español pero difícilmente un colono, y aún menos, el primer atisbo de una sociedad de ciudadanos –todavía en nuestros días– lejana. Por otra parte, la tesis de Aguirre precursor olvida además su religiosidad, la importancia que daba al concepto de traición y de "peregrino" que se autoaplica, el talante blasfematorio de sus gestos. ¿No es acaso cierto que el curso de la rebelión, a pesar de su violencia, guardará un tufillo a sacrilegio? Aguirre es, en cambio, un hombre de guerra del XVI, feroz y piadoso, que bien pudo ejercer sus talentos en Flandes, en Nápoles o en el saco de Roma. Su recuperación como precursor independentista y libertario, además de las distorsiones a las que obliga, introduce una variante típicamente liberal y romántica en la lectura de la América española, y aunque la propugnen publicistas latinoamericanos, no viene de nosotros, sino del siglo XIX y del romanticismo europeo. Una lectura en la que hay tanto sensibilidad como sensiblería.

De las corrientes interpretativas del romanticismo proviene, en efecto, el gesto inicial de simpatía por aquello que encarnara, simbólicamente, el héroe solitario. De Espronceda a Byron, el romanticismo puso en circulación una alegoría pertinaz, la del ángel rebelde, en poesía la figura de Satán, y en la historia, el culto a corsarios y bandidos, suerte de vengadores sociales premodernos. La historiografía romántica completó su recolección de los grandes desesperados con esos primeros rebeldes americanos: soldados castellanos alzados contra el Rey. La idea se acomodaba a la Europa del XIX, cuando se disolvía la sociedad de estamentos a raíz de la revolución de 1789, ascendía la burguesía, se exaltaba al ciudadano y el valor del gesto individual. Además, y por la misma época, se ve en España y en lo ibérico, la supervivencia del pasado feudal. Nacía, con viajeros e historiadores, lo hispánico pintoresco, que afirmaba, por lo demás, la leyenda negra. Pienso en los dilemas de un Francisco de Goya, entre su liberalismo y su patriotismo español. Pero a lo que íbamos: ¿conviene la interpretación decimonónica y liberal al caso de Aguirre y de sus "marañones"? Poco hay en el soldado español que sigue a un capitán del XVI fuera de la ley, del héroe solitario del romanticismo europeo del XIX. Entre otros aspectos, difiere de éstos por el sentimiento de culpa. Una culpa hispánica, física y vital, un remordimiento no sólo espiritual sino de tripas. En el dolor de Aguirre no sólo se percibe la huella del hambre y las mortificaciones de la desdichada expedición al reino de los indios Omaguas, sino una interminable blasfemia y su personal angustia. Un dolor viejo, antiguo, impío. Hay metafísica cristiana y no liviandad romántica.

De la rebeldía soldadesca al satanismo religioso

Ante la rebeldía de Aguirre, modernos trabajos vinculan la temática política y religiosa. El historiador español Julio Caro Baroja, luego de despejar la biografía de Aguirre de algunos equívocos, insiste en la idea de culpa (¿no se firma Aguirre el traidor?). Y en los conceptos de Dios, Rey, justicia, libertad, tiranía, como los fundamentales para comprender la subversión de Lope que siendo política también es religiosa y moral. O si se quiere, amoralidad. "Dios, si algún bien me has de hacer, agora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos...". Sus actos y palabras lo condenan en la tierra como en el cielo, y en ambos quiere ser el sangriento justiciero. Para el profesor Christoph Singler[5], en Aguirre la combinación de religiosidad y de espíritu de justicia es decisiva. La aventura de Aguirre gira sobre el tema independentismo y satanismo. Y después de evocar su moral de condotiero, su idea de la traición en su dimensión metafísica, insiste en la revuelta contra Dios. Ascético, infecundo, solitario, su megalomanía lo conduce no a una causa emancipatoria sino a la adquisición de rasgos satánicos, y el profesor Singler se pone en este punto al lado del cineasta alemán Herzog.

Aguirre discute con el Rey, y en buen español, con Dios. No es que el Conquistador rebelde conteste únicamente la legitimidad de la empresa real en América, es decir, en un espacio geográfico lejos del yugo secular de la Corona, sino que, hombre religioso y soldado rebelde, cae en la trampa de una aporía fatal, de una temible contradicción. Esta se puede resumir así: el reino del Rey –razona el rebelde– ha sido instituido por la voluntad divina. Pero ese mismo reino es el origen del mal. El orden real es un orden nefasto. El Rey yerra, no reconoce servicios, por ejemplo, "... de los que pasaron el océano para ir al Pirú a valer más con la lanza en la mano". Las autoridades americanas –se dice a sí mismo– no lo son, y todo el orden regalicio, desde humildes gobernaciones a capitanías y virreinatos, es un engaño. Ahora bien, se supone que todo el poder viene de Dios. En consecuencia, ¡Dios también se equivoca! He ahí el sentido que Aguirre le da a la traición, sentido político como teológico. "He ahí la dignidad metafísica de su revuelta, de ahí su satanismo", afirma Singler. Esto hace de Aguirre, forzosamente, algo más que un anticlerical. Al aceptar la noción de "tirano" para sí, habría en Aguirre un desafío, una pirueta lógica que tiene como promesa en la caída nada menos que la oscuridad del averno, al intentar forzar la mano de Dios con sus hechos de armas. De esta manera se entiende por qué se identifica con la figura del arcángel justiciero: "Somos la espada de San Miguel arcángel, somos la ira de Dios, somos las siete plagas de la Justicia". Ante la paradoja de la injusticia divina, busca su salud en otra paradoja, la alianza con el ángel rebelde. Maniqueísmo vasco: si Dios

es el "banderizo" del Rey (así lo llama), entonces está contra uno y otro. Contra el tirano terrestre y el celeste. Un Bakunin que leyó a San Agustín y que siguiera a los adversarios del Obispo de Hipona, los pelagianos: el hombre puede salvarse por su propia fuerza, sin ayuda de la gracia divina.

La Carta a Felipe II. Los temas dominantes

Es hora de examinar la temática dominante en la célebre "Carta" a Felipe II, enviada a la Audiencia de Santo Domingo desde la isla Margarita y a la que debe Aguirre la casi totalidad de su renombre. La "Carta" es la misma en la crónica de Francisco Vásquez y en la de Toribio de Ortiguera, recogida esta última en el tomo segundo de la colección de Historiadores de Indias, en consecuencia, auténtica [6].

Tres grandes temas, a nuestro juicio, dominan a lo largo de la extraordinaria Carta, a saber, la queja del soldado fatigado, el orgullo de la personal hazaña y el rechazo al Rey, la denegación de su autoridad (Denegación: delito que consiste en desobedecer un requerimiento legítimo).

De entrada, sorprende el tuteo al distante Soberano. "Mira, mira, rey español, que no seas cruel con tus vasallos, ni ingrato…". Más adelante, el trato franco se alterna con giros corteses, "Excelentísimo rey y señor". Llama también la atención, y desde las primeras líneas, la presentación que hace de sí mismo Aguirre, como "cristiano viejo, mínimo vasallo", y esencialmente, como de veterano conquistador. "...En mi mocedad pasé el mar Océano a las partes del Pirú, por valer más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien". Estamos ante el reclamo de una hoja militar de servicios: "...y así en veinte y cuatro años te he hecho muchos servicios en el Pirú en conquista de indios y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y reencuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas y posibilidad, sin importunar a tus oficiales de paga, como parescerá por tus reales libros". Es un viejo soldado el que habla, cargado de cicatrices, "manco de mi pierna derecha, de dos arcabuzazos" que le dieron en Chuquinga, peleando por el Rey y contra Hernández Girón. Esto de los arcabuces juega un rol importante en la vida militar de Aguirre. Su uso fue decisivo en las campañas en el sur del Perú cuando la rebelión de Francisco de Carvajal, maestro de insurrectos, y Aguirre había tomado buena nota de ello. Sus arcabuceros lo cuidarán de adversarios en las intrigas y pleitos de la jornada del Marañón. De tiro de arcabuz morirá.

Llama la atención el tono de sinceridad. No espera perdón ni le cree al Rey, no cree en sus promesas, lo califica de "quebrantador de palabra", lo que para un español, y en ese siglo, era mucho decir. Ni cree en los perdones reales, a los que da menos crédito –dice– que a los libros de Martín Lutero. Ha invocado al rebelde Hernández Girón al hablar de su pierna lisiada. Pues él también es rebelde, "como yo y mis compañeros al presente somos y seremos hasta la muerte". Aguirre no se engaña ni sobre el alcance de su rebelión ni sobre su destino. Pero la culpa es primero del Rey, "ingrato, cruel". El tema del "rey injusto", caro al Renacimiento español y recurrente hasta el Siglo de Oro, aparece límpidamente aquí. El Rey es injusto además, porque no ha arriesgado nada en Indias. Tras esas líneas se halla la idea de la Conquista como empresa privada, los reclamos de los encomenderos y la querella de las "Leyes Nuevas", la guerra de los pizarristas contra la administración virreinal en Perú, en suma, diez años de turbulencia y ruido de armas.

Sorprende también la trabazón y lógica interna de la "Carta", en la que predomina la queja acerca de las autoridades, seglares o religiosas. El Virrey Marqués de Cañete "... es malo, lujurioso y ambicioso tirano, ahorcó a Martín Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravoso Tomás Vázquez, conquistador del Pirú". La "Carta", en esto, no se aparta de otras muchas de la época, en su carácter de denuncia de los abusos de los poderosos en Indias. Pero, una vez más, no se trata de reclamos por la igualdad sino de afianzar el privilegio, en este caso, el mermado privilegio señorial de los conquistadores, que soportaban mal una administración regalicia por encima de ellos. Quería, es bien probable, constituir una nueva nobleza, como la de las órdenes militares españolas, o hereditaria como la de los grandes de España, ganada por hazañas. Con lo que se encuentra, en cambio, es con la instauración de un Estado absolutista y burocrático, impersonal y distante. Aguirre, por ello, y luego de denunciar menudos abusos de los oidores en materia de peces de una laguna cercana a Los Reyes (Lima), pasa a justificarse por la muerte de Pedro de Ursúa, navarro, "por no decir francés", añade con perfidia, y a quien presenta como "perverso, ambicioso, miserable, no lo pudimos sufrir". E ingresa, acto seguido, "a calamo currente", con pasmosa serenidad, a la enumeración de sus muchos crímenes. Todo ello combinado con buenos consejos sobre la inconveniencia de navegar por el Marañón, "Avísote, rey y señor, no proveas ni consientas que se haga alguna armada para este río tan mal afortunado...".

Otro gran tema recurrente es el orgullo de la hazaña americana, geográfica y guerrera. En medio de una "Carta" que se quiere política y jurídica, se echa Aguirre a contar su navegación: "Es río grande y temoroso: tiene de boca

ochenta leguas de agua dulce, y no, como dicen, por muchos brazos; tiene grandes bajos, y ochocientas leguas de desierto, sin género de poblado, como tu Magestad lo verá por una relación que hemos hecho, bien verdadera". Habla el domador de potros, el capitán, el baqueano. Y hay como un primer orgullo de la naturaleza de América, "que no vengan chapetones", dice, esto es, españoles sin experiencia, el río los devorará. Dicta su correspondencia en la Margarita, después de un periplo increíble, y sabe de qué habla y acaso ya no es del todo un peninsular. En Charcas ha preferido como mujer una india. ¿Americano? Sería demasiado pronto. Es Aguirre, más bien, un orgulloso español de Indias, y premonitoriamente, el atisbo de otra cosa, de otra identidad.

Ciertamente, saltan a la vista las referencias "cultistas" sobre el rey Nabucodonosor y Moisés en el desierto, entre otras; y latinismos, como lo ha señalado Caro Baroja. Hay reflexiones dirigidas a Felipe II sobre la situación en Francia y en Turquía, es decir, el escenario internacional del momento. Parece que entendía latín, y en vez de coplas dicharacheras como otro rebelde, don Francisco de Carvajal, prefiere los dichos terribles y solemnes, y ponerse al lado, aun si fuese en el infierno, de un Alejandro Magno, Julio César, Pompeyo y otros príncipes de este mundo, ha observado Caro Baroja. Pero lo más fuerte de la "Carta" reside en su contenido político, además de mostrarnos a Aguirre como un individuo singular, capaz de los crímenes más horrendos y con una cultura humanista infrecuente en sus compañeros de armas.

La "Carta", además de hablar de su hazaña geográfica y de sus quejas, sirve para que el Rey sepa que se le desconoce. El desacato es llevado hasta las últimas consecuencias. Y nada más que al empezar, Aguirre dice que no es más vasallo. "...he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres te diré, de tu obediencia, y desnaturándonos de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la más cruda guerra...". La práctica de la "desnaturación" tuvo un contenido jurídico e institucional, se hallaba en los fueros viejos de Castilla, cuando los gentilhombres podían echar al Rey de la tierra, en el siglo XV, en la Castilla de Enrique IV, pero todo ello mucho antes del Descubrimiento de Indias y del establecimiento de la Monarquía cuasi universal de los Austrias. Ni Aguirre era un gentilhombre ni eran días para esos recursos. Su gesto es, en realidad, un gesto tardío, desencajado del tiempo histórico. Caro Baroja cree que se inspiró en la memoria oral, lo cual es posible. Lo que no tiene sentido es considerar esa "independencia" como un acto de política que anticipa las Repúblicas del XIX. Ocurre todo lo contrario, se trata de un anacronismo.

Es Aguirre hombre de guerra. Ello se hace visible en la "Carta" a Felipe II. Su dios, ha observado Caro Baroja, es el señor de lo alto, de arriba, "jaungoikua" –el padre, en vasco. Un Dios del Antiguo Testamento, diríamos. La guerra es el orden del mundo, lo que organiza, la cruel verdad, la última razón. "Anden las guerras por donde anduvieron, pues para los hombres se hicieron". A cada cual su tarea. Ya había dicho, en España, fray Antonio de Guevara, "en la buena república, el sacerdote ora, el labrador ara y el caballero pelea" (*Letra para don Antonio Zúñiga*, p. 53). En su contienda está la empresa de estas tierras. Como hombre de guerra, ruega a Dios que le dé suerte al rey español en sus guerras contra el turco y el francés, mientras él se destina a combatirlo, con otros muchos hijosdalgos "que en estas partes te quisieran hacer la guerra". Son hombres que prometen morir en esta demanda, dice Aguirre, y los enumera. Hay genoveses, andaluces, portugueses, navarros. Y señala oficios y edades, "Blas Gutiérrez, conquistador, de veinte y siete años...". Y si todo es dudar y blasfemar, si el orden de este bajo mundo es sólo engaño y mentira que provienen del lejano Emperador y del error divino, si en algo hay que afianzarse en ese naufragio inmenso que es la existencia y la historia de las Indias americanas, ese algo sólo pueden ser los actos propios. La última ley es la de la espada, su espada.

Visiblemente dos temas se entrelazan: el elogio del oficio de la guerra y la crítica al injusto Rey y sus autoridades. Aquí asoma un rasgo de ideología medioeval en Aguirre. El rey, es decir "la cabeza", yerra, por lo tanto "los brazos", esto es, las autoridades, también. Ese concepto de organicismo medioeval era de actualidad en el momento en que Aguirre medita y escribe sus Cartas y aún mucho después. "Emperadores, reyes y príncipes, cabeza de Repúblicas para gobernar los demás miembros", dirá en 1621 Pedro Fernández de Navarrete, en su obra *Conservación de las monarquías*. Sin duda, un tiempo de turbulencia alimenta su fe en el oficio de la guerra, un tiempo de combates que le preceden y que, un tanto con su rebeldía, concluyen. Había comenzado la explotación del mundo andino, la "aculturización". El verdadero Dorado será la mano de obra indígena y la riqueza aurífera de Potosí.

Ha firmado "el traidor". El sentido de la condición de traidor que Aguirre se adjudica posee una doble significación. La traición resulta necesaria porque tiene la finalidad de acabar el pacto con el mal Rey (soberano mal informado, ingrato, injusto, etc.). Y la traición es el principio de su propia libertad. Traición y guerra van juntos. La traición es un punto de partida culpable, ciertamente, pero que da acceso a una situación de autonomía. Tal vez a otro derecho de gente. ¿No serían traidores, también, los Libertadores? ¿Acaso, los revolucionarios? Traicionar para ser libre es necesario, es lícito. Viene a ser la

transgresión fundamental, la impiedad fundadora. Y por eso, Aguirre la reivindica. Al final de la "Carta" se reconoce "el peregrino", lo que envuelve una doble idea de errancia, terrestre y celeste. Los dominios del César español son tan vastos. Y Aguirre, buen católico, no pensará en refugiarse ni bajo el turco ni el luterano. Se prepara a morir, lo presiente.

La "Carta" no le quitó el sueño a Felipe II, si ésta le llegó a sus manos. Tenía el joven monarca 34 años, dejaba definitivamente Valladolid por el Alcázar de Madrid, y en cuanto al Escorial, donde algunos lo imaginan leyendo a Lope de Aguirre, no había comenzado todavía a construirse. Otras eran las preocupaciones de Felipe II en esos días, la sumisión a la realeza de la nobleza hereditaria, los altaneros fueristas aragoneses y la decapitación de Juan de Lanuza, el Mozo. Le preocupan los piratas ingleses. Así, "la aventura equinoccial" de Lope de Aguirre es un accidente en el camino de la expansión española bajo Felipe II. Las exploraciones prosiguieron en América del Norte, en la Florida (Menéndez de Avilés), en los otros descubrimientos por el Pacífico, las Islas Filipinas y Marianas. Hay que esperar el siglo XX para que el tema de la legitimidad de la Conquista y, en general, de la relación entre violencia y poder, una indagación absolutamente contemporánea, de este siglo, nos devuelva a Aguirre, a su inquietante apuesta.

Aguirre, contemporáneo

Todo pensamiento es una desconstrucción (Heidegger). La propuesta del filósofo alemán es el desmantelamiento de la tradición occidental, y Heidegger utiliza el concepto de "destruktion". En nuestra modesta metafísica nacional hay que ir hasta la crisis original, que no son los incas, sino el campo de la historicidad que ocupa la primera tiranía moderna. Y entonces nos tropezamos con ese soldado de fortuna, un condotiero vasco, un encomendero sin encomienda. Conviene señalar, sin embargo, que si la tiranía nace con la Conquista, no toda empresa conquistadora incurre en el episodio tiránico a la manera de Aguirre. La Conquista fue una violencia pero desembocó en un orden imperial y transocéanico, en el orden administrativo colonial. La tiranía, en cambio, somete a un país y a un pueblo a las tropelías y caprichos de una hueste armada. La propia hueste es, a su vez, sometida a la voluntad individual y sin limitaciones de un jefe, que se improvisa rey demente. Haríamos mal en asimilar a los soldados de Almagro o de Pizarro a esa situación. Preceden a la exploración y al descubrimiento del reino que será el Perú, unas capitulaciones o acuerdos en Panamá, una legalidad (aunque no una legitimidad). Aguirre,

Versión digital: Jorge Rojas Samanez, in memoriam

cómo negarlo, es un caso límite. Pero no es un caso menor. Nos interesa porque encarna los visibles riesgos de la desobediencia: sublevado ante la arbitrariedad del poder cesáreo e imperial, produjo, en sangrienta paradoja, un poder aún más arbitrario: el suyo. Las fronteras sinuosas entre su voluntad de libertad y la instauración de una tiranía nos inquietan, nos hablan en este fin de siglo. El espacio que separa el despotismo arcaico de Lope de Aguirre de las modernas dictaduras no es muy grande. Ese hombre del siglo XVI, bandido y teólogo, medioeval y futurista, libertador y asesino, es la suma y compendio, la esencia y la alegoría de otras tiranías. Lope de Aguirre, nuestro contemporáneo.

Aguirre está aquí, en este libro, no porque nos interese el siglo XVI como historia, es decir, como sucesión, sino porque nos interesa el tema de la legitimidad, o si se quiere, de su contrario, la arbitrariedad. Con Aguirre, y no con otro, asoma precisamente a nuestra historia el tema de lo arbitrario, lo incierto, el azar y el voluntarismo carismático. Es decir, algunas de las claves de nuestra vida colectiva. Como con el Libertador y el Caudillo del XIX, o el Líder en el XX. Aguirre es anomalía y es paradigma. Es un antihéroe, ciertamente, pero un voluntarista, y el más arriesgado de todos. Con él se inscribe, diacrónica y sincrónicamente, el principio del drama, el signo fatídico de lo que habrá de conocerse con los siglos históricamente como el Perú. Cesemos de buscar, pues, el inicio de la ilegitimidad en Francisco Pizarro, soldado y capitán al servicio de una "Católica y cesárea magestad, alegría de fieles y espanto de infieles" (Francisco de Jerez). Ni en Atahualpa, rival de su hermano Huáscar, pero actor legítimo, puesto que autóctono y vencedor de una guerra civil. La ilegitimidad no se halla en la usurpación castellana ni en la de las panacas agrupadas tras Atahualpa. Pizarro, a fin de cuentas, navega bajo un ideal tan vasto como el imperio hispánico, sacralizado en el Tratado de Tordesillas. Expandir la huella indoeuropea por debajo de Panamá era una operación lícita y al interior del latido dominador de los pueblos europeos en ultramar. En cuanto a Atahualpa y Huáscar, el asunto está todavía más claro. Uno y otro enfrentaban versiones antagónicas del poder en la sociedad andina. Bajo la fortuna de las armas, hallamos la legitimidad. Pizarro es también una forma de legitimidad: la versión castellana, hispánica, europea, invasora, además de utilitaria y guerrera. Los monarcas indios, aquella otra local, la de la "pax andina", sorprendida por el aluvión militar y tecnológico de los Conquistadores. La cuestión, pues, no se plantea ahí, sino en el conflicto de legitimidades. La que da la victoria, la que da el derecho natural de gentes.

Otra es nuestra trágica partida de bautizo. En el siglo XVI resalta el hecho de Cajamarca por ser el inicio de una historia de vencidos para las poblaciones andinas, el punto de partida de la apropiación del país por los invasores. Y algo

Versión digital: Jorge Rojas Samanez, in memoriam

más. Con la Conquista no sólo se fractura y cesa la legitimidad sacra del Inca sino que habrá de ser muy difícil establecer otra. De Cajamarca a la isla Margarita, de la legitimidad interrumpida a la tiranía eficaz, el signo trágico de la historia del Perú se halla ahí contenido, involucrado, como presagio y alegoría del tema del poder injusto, y en consecuencia, de la legitimidad imposible. Por episódico y lejano que nos parezca, Aguirre nos es cercano por su determinación a gobernar mediante el uso de la fuerza, por su voluntarismo histórico que le lleva a edificar reinos postizos, por su horror a las autoridades y la ley, sin olvidar su capacidad de contagio, su "carisma". Desde un siglo de hierro y catástrofes como es el XVI, sigue convocándonos, como una anticipación o vaticinio de nuestros propios problemas. No podemos absolverlo, pues funda la tiranía. No podemos condenarlo del todo, pues amó la libertad hasta el desorden. Reunió, hasta la confusión misma, tiranía y libertad, autonomía y violencia, como para que lo podamos ignorar. Estas páginas no son una condena, a lo sumo, un exorcismo.